

2020-10-27

Utopía: 10 años de un camino siempre inconcluso

Hno. Carlos G. Gómez Restrepo, FSC
Universidad de La Salle, Bogotá, carlos.gomez@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>



Part of the [Arts and Humanities Commons](#), [Education Commons](#), and the [Public Affairs, Public Policy and Public Administration Commons](#)

Citación recomendada

Gómez Restrepo, FSC, H. G. (2020). Utopía: 10 años de un camino siempre inconcluso. Revista de la Universidad de La Salle, (83), 11-33.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Utopía: 10 años de un camino siempre inconcluso



Carlos G. Gómez Restrepo, FSC¹

■ Resumen

El artículo presenta una aproximación histórica a Utopía, un proyecto de Educación Superior Rural, dirigido a jóvenes de la Colombia profunda afectados por la violencia, la pobre educación, la exclusión social y la falta de oportunidades. Se presenta una perspectiva histórica de sus comienzos, su formulación, sus desarrollos iniciales y la manera como se fueron configurando las aproximaciones metodológicas, las pedagogías y didácticas, y las intencionalidades políticas y sociales. Asimismo, plantea algunas sugerencias y desafíos de cara al futuro.

Palabras clave: educación rural, construcción de paz, creatividad educativa.

¹ Hermano de las Escuelas Cristianas de La Salle. Educador y directivo académico en varias instituciones y niveles educativos. Se desempeñó como rector de la Universidad de La Salle y actualmente es presidente de su Consejo Superior como visitador provincial del Distrito Lasallista de Bogotá. Licenciado en Educación de la Universidad de La Salle, magíster en Estudios Políticos de la Universidad Javeriana y doctor en Educación de St. Mary's University of Minnesota. carlos.gomez@lasalle.edu.co

Introducción

Tomás Moro vivió en tiempos complejos y fértiles; además, hizo parte de una pléthora de pensadores que aportaron a la historia universal luces imperecederas que enriquecieron la tradición humanista. Asimismo, fue buen amigo de Erasmo de Rotterdam, quien le dedicó su *Elogio de la locura* (1511); juntos defendieron conceptos como la paz, rechazaban el absolutismo de los príncipes, abogaban por la civilidad y el comunitarismo, defendían las ideas de justicia, equidad, y libertad, y buscaban una reforma de la Iglesia más consecuente con el evangelio y más libre de las ataduras acumuladas en el Medioevo. Sin duda, hicieron parte del espíritu del renacimiento, que estuvo inspirado en la tradición grecorromana y su rico legado humanista.

Moro publicó su inmortal obra, *Utopía*, en 1515, en ella describió la injusta y la inequidad de la Inglaterra de Enrique VIII, y, al mismo tiempo, generó la idea de que, en otra ínsula, Utopía, era posible vivir en paz y con oportunidades para las mujeres y campesinos —entonces excluidos—. No se trataba de un sueño o una quimera, era, y sigue siendo, un horizonte viable: la posibilidad siempre cierta de que otro mundo es factible, la convicción de que la esperanza también es “partera de la historia” (y no solo la guerra), y que la bondad de los hombres y mujeres también hacen parte de la naturaleza humana.

Pareciera que Utopía implica también una *acronía*. De hecho, el río *Anhidro* (sin agua) atravesaba *Amaurota* (sin muros), la capital de la ínsula. Me gusta pensar que Utopía es, fundamentalmente, un *kairós*, es decir, el tiempo oportuno, el tiempo de la realización, el tiempo que no se mide, pero se vive. El pensamiento ha sido al tiempo reconocido como vapuleado. A las utopías convertidas en ideologías se le achacan las grandes tragedias de la historia: la obsesión por “hacerlas realidad” ha generado millones de muertos a su paso. Es innegable que en el corazón del marxismo y del nacionalsocialismo habita una utopía; también en la esencia del cristianismo.

Hoy, a diez años del inicio del proyecto Utopía, estoy seguro de que este *kairós* ha sido la salvación, la oportunidad, el camino que ha permitido horizon-

tes nuevos a muchos jóvenes de la ruralidad profunda que, de otra manera, habrían estado condenados al tiempo eterno de la pobreza excluyente, de la tentación de la ilegalidad, de la paternidad-maternidad irresponsable, de la perpetuación del resentimiento y del odio que genera la mala educación y la vida sin oportunidades.

La sentencia de Séneca a Lucilium, *omnia aliena sunt, tempus tantum nostrum est*, inspira el sentido del reloj de sol en la Plaza Central de Utopía. Es el *recorderis* de que el *kairós* utopiense es la oportunidad, el momento de la realización de los sueños, la certeza de que el camino inspira el sentido, y el trabajo nos da la virtud.

La prehistoria

La educación rural en Colombia siempre ha estado al margen de las preocupaciones del Estado y sus gobernantes. Quienes tuvimos la oportunidad de vivir en lugares de la Colombia profunda sabemos lo difícil que resulta educar en contextos desatendidos con realidades que, con los años, se han ido complejizando por el abandono casi total de las políticas públicas en asuntos tan sensibles como el acceso a los servicios de salud, la educación de calidad, la infraestructura, las posibilidades de comercialización y la vinculación a las cadenas productivas, etc. No es difícil, así, entender por qué las economías ilegales fueron permeando los territorios creando un para Estado, unas veces bajo la bota guerrillera, otras de fuerzas de autodefensas; la ilegalidad cooptó los espacios que el Estado ignoró y la Colombia rural se volvió “el otro país” que existía en el mapa, pero no en la política pública ni en el corazón de muchos colombianos.

Utopía fue emergiendo poco a poco en medio de sueños y de conversaciones con Hermanos, fundamentalmente, en varios lugares de la geografía lasallista. De jóvenes, tuvimos la bendición de hacer parte de la creación de una nueva obra lasallista, en tiempos en que el Distrito cerraba prácticamente todas las experiencias de la ruralidad y los lugares más alejados de Bogotá. En 1984, como fruto de una aventura de “novicios”, llegamos a San Juan del Cesar, Guajira; esta obra marcó con huella profunda la vida de quienes estuvimos en esas tierras de

desiertos fértiles. Conocimos de cerca la primera ola de violencia que dejó el narcotráfico, y que enfrentó a familias y caseríos por los negocios de la "marimba". Vimos morir mucha gente, al tiempo que luchábamos en un colegio estatal por sembrar sueños y levantar el pobre nivel académico, como pobres eran los estudiantes por su condición económica. Allá aprendimos cómo se desperdicia el talento por la pobre educación y la imposibilidad de encontrar los caminos a la educación superior.

Las sucesivas olas de violencia acabaron con varios caseríos. Uno de ellos, Zambrano, a unos pocos kilómetros de San Juan, quedó desocupado. Los nativos del pueblecito, queriendo que la gente regresara, pensó que, si los Hermanos y las Hermanas Carmelitas hacíamos presencia, acaso la gente se animaría a volver. Así fue como recibimos como "regalo" un lote de una media cuadra para que nos instaláramos allá, pero nunca lo llegamos a hacer y creo que tampoco se formalizó la donación. En todo caso, sí nos puso a soñar con hacer un centro juvenil para la pastoral, en el que se crearían proyectos y se impactaría la sociedad guajira. Sin embargo, no quedó sino el nombre, *Utopía*; de hecho, una palabra que a quienes crecimos bajo la inspiración de la Teología de la Liberación nos decía mucho, éramos una generación utópica.

Orocué también fue una gran oportunidad de conocer un pedacito de la "Columbia profunda". Aunque el pueblo se ha eternizado por los joropos que lo nombran con frecuencia, en los años 80, llegar hasta allá era realmente una aventura, cuando no una tortura. Enclavado sobre el río Meta, en medio de la sabana infinita, tiene al frente a los departamentos del Meta y el Vichada, lo que permite revivir las bellísimas descripciones de *La Vorágine* que, entre otras cosas, allá fue escrita. En esos tiempos, las guerrillas se paseaban orondas por sus tierras. No obstante, experimentamos las primeras olas de la acción de grupos paramilitares cuando El Porvenir, un caserío al otro lado del río, fue atacado por los grupos armados de Carranza, por lo que, en Orocué, tuvimos que atender a los desplazados. Todas estas circunstancias iban forjando en nuestro corazón las preguntas sobre el para qué de los procesos educativos y la realidad que vivimos los maestros en la ruralidad, sobre si lo que hacemos o intentamos

comunicar realmente abre puertas y genera perspectivas; también, la reflexión de cómo la violencia iba *in crescendo* en muchos lugares del país.

San Vicente del Caguán fue el tercer escenario que permitió completar las piezas del rompecabezas por tres razones fundamentales. La primera, pocos lugares de esta patria sufrieron tanto los rigores del conflicto armado, allí se juntaron la violencia, los cultivos ilícitos, el abandono del Estado y la casi destrucción del tejido social. Segundo, y la cereza del pastel: este fue el lugar de la negociación del proceso de paz en épocas del presidente Pastrana, que concitó los reflectores del mundo, al tiempo que las FARC se fortalecían militarmente y continuaban con las extorsiones y el secuestro; después de tres años de *ires* y *venires*, la negociación se rompió en febrero de 2002. Y, tercero, y uno muy personal: desde antes de conocerse la inminencia de un proceso de negociación, yo había empezado el trabajo de campo para mi disertación doctoral que tenía que ver con el papel de la educación en lugares de conflicto.

Así que también pude ver, desde otra perspectiva, la académica, algo que se estaba viviendo en el lugar. Me quedé en San Vicente un bien tiempo con la convicción de que uno no puede “usar” a la gente para efectos académicos y no devolver algo más de lo que se recibe. El Caguán se quedó en mi corazón y, de paso, la idea de Utopía tomó forma definitiva al responder a la pregunta del significado de educar en tiempos de conflicto social y, por supuesto, surgió como un imperativo existencial el propiciar que algo nuevo tenía que nacer, que aportara, desde la educación, a la paz, al desarrollo rural, a las oportunidades para los campesinos.

Los preparativos

Al volver la vista atrás y recordar, primero, la prehistoria, de cuando todo era más una quijotada que una posibilidad, y darme cuenta cómo, gracias al buen Dios, a la persistencia, la esperanza que generaba este sueño y la pasión de mucha gente que se “enlistó” en la causa, fueron formándose los caminos e insinuándose la ruta.

En abril del 2005, hubo una primera aproximación a la idea y, de paso, la posibilidad de llevar la reflexión a la universidad. En 2006, la institución aprobó la apertura del programa de Ingeniería Agronómica, pero se definió que se realizaría en Bogotá, aunque atendería a jóvenes campesinos, quienes podrían ser beneficiarios de becas. No obstante, no era la idea original y, ciertamente, pudo haber sido un buen programa —incluso llegó a tener Registro Calificado—, aunque distaba mucho de lo que se percibía desde la realidad de la ruralidad, por tanto, nunca llegó a abrirse.

En febrero de 2008, retomamos la idea y empezamos a articular todo en un proyecto completo. La presencia y experiencia de Héctor Horacio Murcia, agrónomo y entonces director de Administración Agropecuaria, fue crucial para diseñar el programa académico, mientras con otro grupo nos dedicábamos a trabajar los componentes pedagógicos, sociales y políticos que darían cuerpo a la propuesta. El 5 de junio de 2008, el tema fue presentado al Consejo Superior de la universidad y, en esa fecha memorable, fue aprobado por unanimidad. Siempre quedé con la sensación de que habíamos sido tan convincentes en la presentación porque afortunadamente no hubo muchas preguntas de temas económicos. Indudablemente, el buen Dios estaba trabajando y logramos la luz verde para arrancar.

Preparamos toda la documentación requerida por el Ministerio de Educación para solicitar el Registro Calificado. Sin embargo, teníamos muchos temores, porque, ciertamente, estábamos presentando una propuesta “atípica”: por cuatrimestres, con otra metodología y para otra población. Pero, lo más grave era que no teníamos “donde”, si bien existía la Finca de Matadepantano, esta tenía una precaria infraestructura que nunca pasaría el examen de una visita de pares para conceder el registro. Todo era un sueño y un proyecto en papel.

Sin embargo, nos empezamos a preparar. De hecho, designaron los pares que visitarían el campus los días 13 y 14 de agosto. La mano de Dios volvió a manifestarse. El 8 de agosto, una semana antes de la visita, recibí una llamada del viceministro de Educación, para informarme de la Acreditación de Alta

Calidad de la ULS. La emoción fue enorme, pero la primera tarea, antes de comunicar a la comunidad académica, fue hablar con la directora de Aseguramiento de la Calidad, para comentarle que habíamos obtenido la acreditación y que, por tanto, ya no debíamos recibir la visita para el registro, ya que estos eran automáticos para las instituciones acreditadas. Así, fue cancelada la visita y expedido el Registro. Teníamos la autorización legal, pero faltaba todo menos la esperanza y la pasión. En los primeros meses del 2009 se soñó el proyecto arquitectónico; en septiembre, se obtuvo la licencia de construcción; en octubre, se bendijo la primera piedra; en noviembre, se inició la construcción que tuvo, como casi todo lo que tiene que ver con estos asuntos, retrasos, negociaciones, discusiones, cambios. Fueron permanentes los comités de obra, cada sábado, en Yopal.

Esto se dice fácil, pero buscar los chicos que empezaron fue otra aventura. En tiempos de guerra, cualquier invitación “sospechosa” tenía visos de reclutamiento, y esta sí que lo era: un programa para campesinos, becados, viviendo en el campus sonaba a locura y, para completar, les pedíamos llevar: funda para machete, cantimplora, botas de caucho, ropa de trabajo. En el entretanto, ya tres profesores —Ricardo Peña, director; Juan Felipe Rivera y Christian Fernández—, desde el segundo semestre del 2009, preparaban los *syllabus*, los comités *ad hoc* creábamos los reglamentos, pensábamos la metodología, vislumbrábamos las didácticas; los constructores aceleraban el paso para tener los edificios esenciales; otros grupos se entrenaban en el *fundraising*, algunos más compraban camas, pupitres, material didáctico.

Por otro lado, preparábamos con los Hermanos Néstor y Gonzalo Achury todos los temas relacionados con la convivencia, el acompañamiento, la atención a los estudiantes, el manual de convivencia, la pastoral universitaria, en otras palabras, lo humano a atender más allá de los asuntos académicos. En estas reflexiones, nació el *Decálogo*, los principios que, a manera de “mandamientos”, debían convertirse en norma de conducta y dirección de vida no solo para el campus, sino para el ejercicio profesional.

Los inicios

La Universidad de La Salle se volcó entera a un proyecto que, de muchas maneras, cristalizaba una historia de servicio y que en ese momento se proyectaba a la ruralidad, la construcción de la paz, y la apertura de caminos a los chicos y chicas que habían sufrido el conflicto, además, hacía realidad el sueño de San Juan Bautista de La Salle: “juntos y por asociación en el servicio educativo de los pobres”.

De la misma manera, se hicieron apuestas arriesgadas. En esos años, en esta Colombia herida solo se hablaba de violencia, narcoterrorismo y bandidaje; la paz se entendía miopemente por la exclusiva vía de la derrota militar de las guerrillas y otros grupos ilegales; el país miraba entre complacido, escéptico y preocupado los acontecimientos; los excesos de la violencia cundían por doquier y eran el *modus operandi* de grupos armados al margen de la ley pero, tristemente, también se reprodujeron en algunas instancias y fuerzas del Estado que, desde la legalidad, siempre han estado llamados a defender los derechos humanos y defendernos a los colombianos desde la institucionalidad, los protocolos claros y acordes con la ley.

¿Y la paz? Como la esperanza, en lo más profundo de la Caja de Pandora. Con Utopía se creyó otra cosa, que la paz de Colombia pasa por la ruralidad y que la educación es un motor —el único no violento— que permite la inclusión, la oportunidad, la nivelación por la excelencia, y no por la mediocridad, que abre puertas y caminos, y da permiso para soñar. Desde sus inicios, Utopía se comprendió como “un laboratorio de paz”, en cuanto permitía que jóvenes, que venían de diferentes escenarios violentos, con distintas influencias ideológicas y políticas, y con probables cercanías a los diferentes actores del conflicto, se unieran en la construcción de un sueño común que une, que hermana, que suscita la pasión por construir, por poder mirar la ruralidad desde otras ópticas y comprometerse en su transformación con las nuevas herramientas que da la educación de calidad, y el conocimiento que se puede agregar a la producción, la organización social y la formulación de proyectos.

La búsqueda de los jóvenes de la primera cohorte se inició al final del 2009, y se completó para la Semana Santa del 2010; en abril, estaba listo el grupo y les habíamos informado que la llegada al campus sería el 8 de mayo. Pero, fue imposible, la construcción estaba muy cruda; así que hubo que aplazarla para el 15 de mayo; nos emocionaba la fecha, pero tampoco se pudo. Temíamos que los chicos se desanimaran o que pensarán que el asunto no era en serio. Finalmente, les confirmamos que sería el sábado 22 de mayo; sin embargo, tampoco el campus estuvo listo con los mínimos aceptables. Decidimos alistar "La Isla", recibirlos en el campus e, inmediatamente, transportarlos a Sasaima. Algunas de las familias que acompañaron a sus hijos se llenaron de temor, pensaban que era una táctica de reclutamiento, no obstante, nos salvó que los buses eran de la Universidad y que en la bienvenida se les explicó —cosa que era fácil percibir— que el campus no tenía luz ni agua.

Sasaima fue el hogar utópico las primeras tres semanas del cuatrimestre. No es solo coincidencia, La Isla es para la ULS un lugar sacramental: las grandes reflexiones y decisiones de la institución se han tomado en ese inspirador lugar. De paso, para Yopal, los estudiantes pasaron a conocer los campus de Bogotá y fue, de alguna manera, una bienvenida cálida para un programa que la ULS fue adoptando como parte esencial de su ser y quehacer. El campus de Utopía, habitable, aunque con limitaciones, los vio llegar el 14 de junio. Ya había agua y electricidad de "interconexión rural" (un día sí y tres no), sin internet ni biblioteca, sin laboratorios, con inmensos potreros que había que intervenir para que fueran útiles para la agricultura. No obstante, la esperanza, las ganas y el compromiso eran fehacientes: esta no era *una oportunidad en la vida, era la oportunidad de la vida*.

Labrar las tierras, preparar las siembras y establecer cultivos fueron las tareas iniciales del "aprender haciendo". Afortunadamente, para chicos campesinos estos no son temas nuevos ni extraños. Entre tanto, los profesores se empeñaban en entender la otra parte esencial de la metodología "enseñar demostrando". En los documentos se había expresado así, pero, una cosa es la pedagogía en tono retórico y teórico y otra, muy distinta, en el plano didáctico

y metodológico. Sin duda, se hace el camino al andar. La buena voluntad de todos lo permitió.

Entonces, el día comenzaba a las 4:30 a. m.; a las 5:00 se estaba en campo, sin importar si llovía o hacía calor. Nunca hubo dificultades ni para madrugar ni para trasnochar: era lo habitual; el buen espíritu campeaba por doquier y el compromiso total lo completaba. Qué experiencia de esperanza e ilusión: sueños que empezaban a ser realidad; cada estudiante, una historia; en cada historia un drama; en cada drama, las ganas de sanar; y, en todos, la pasión por luchar por algo que sentían propio: un proyecto que les mostraba que el futuro era posible y que también los chicos de los márgenes podían soñar con ser profesionales.

Un año antes, cuando todo estaba en el papel, le comenté al Superior General sobre el proyecto. El Hno. Álvaro Rodríguez se emocionó y me comentó que le gustaría visitarlo, por lo que me atreví a invitarlo para la bendición del campus. Estábamos en una asamblea de IALU, en Filadelfia, así que miró su agenda y me dio la fecha en la que podría venir. Para el 25 de junio de 2010, con su presencia, la del obispo de Yopal, la alcaldesa —quien fue fundamental para la obtención de los permisos de construcción— y la participación de muchos amigos, algunos Hermanos, un grupo de gente del Gobierno y de Ascún, e, incluso de mi madre y algunos de mis hermanos, en eucaristía y acto solemne se bendijo el campus y se puso bajo la protección de Dios, Nuestro Señor. Sin embargo, los verdaderos protagonistas de ese día inolvidable fueron los estudiantes, 64 chicos y chicas de la Colombia profunda cargados de ilusión y sueños; los Hermanos Gonzalo Achury y Néstor Polanía, Hermanos de comunidad, y sobre todo de camino, luchas, dolores, golpes, gozos, y sueños; los profesores Ricardo, Juan Felipe y Christian; Rodrigo González; las directivas de la Universidad de La Salle y, en especial, Eduardo Ángel, vicerrector administrativo, quien desde su llegada a la institución entendió la trascendencia del proyecto y le dedicó el alma para hacerlo posible.

En esta etapa de construcción no puedo dejar de nombrar a Fernando Cárdenas, Gabriel García, Alberto Goyeneche, Sully Rodríguez y Luis E.

Lombana, quienes siempre estuvieron listos para supervisar, comprar, agilizar y estar presentes.

La Providencia de Dios

Utopía también ha sido el lugar donde la novedad acontece. De hecho, el Proyecto ha permitido que muchas personas de buena voluntad se unan en un proceso filantrópico que alimenta la esperanza y despierta la solidaridad. Es la Providencia de Dios, que nunca falta cuando existen “buenas ideas” que transforman, impactan social y políticamente, y que dan herramientas para salir de la pobreza mental para volar alto y mirar lejos. La cultura de la solidaridad que va más allá de la caridad episódica ha sido posible, porque existe mucha gente buena, que comparte como un proceso para construir y generar dinámicas que ayudan a vencer la pobreza y sembrar otras perspectivas. Utopía es, por tanto, un lugar de encuentro en la búsqueda de la equidad y la justicia, la ilusión de que otro mundo es posible, uno que juntos podemos construir.

No obstante, a la Providencia hay que ayudarle. El buen Dios nos inspiró y enseñó que la Filantropía no era una actividad para recabar fondos y conseguir donantes sino un carisma para dar estructura a su Providencia y comprometer a personas e instituciones generosas a ser parte de un Proyecto que entre todos construimos y ayudamos a consolidar. Nunca más nos permitimos decir o sentir “quiero tu dinero”, sino, más allá, te queremos a ti, eres parte de este proyecto, tu presencia ayuda a transformar vidas. Y quien lo logró y nos comunicó su pasión avasalladora y su fe inquebrantable fue Camila Herrera, una mujer excepcional, de fe infinita, abandonada en las Manos de Dios, que contagia esperanza e irradia luz, con un “don de gentes” único y una simpatía sin par, con generosidad que sobrepasa lo racional, y poseedora de una profunda espiritualidad. El camino lo empezamos a recorrer, con ensayo y error, y en nuestra primera salida nos encontramos con los molinos de viento. Pensábamos que, con solo tocar, se abría la puerta; las aspas del molino nos batieron en retirada. Fue así como entendimos que la filantropía es una mezcla de arte, ciencia, pasión, constancia y, sobre todo, un buen proyecto que hay que saber presentar. A su lado, creció Luis Fernando Molano, un hombre que también se

la ha jugado a fondo para seguir el legado y hacer de Utopía su compromiso para fortalecerlo y ayudarlo a crecer, así no haya sido siempre reconocido en el papel central que ha jugado en su consolidación. Con la paciencia de Job y con un corazón generoso, ha sabido aguantar con teflón las tempestades que nunca faltan.

Camila fue más que la “estructuradora” de la Providencia de Dios o, acaso, otra forma de Providencia. Ha sido amiga, confidente y presencia permanente. No pocas veces paño de lágrimas, siempre acompañante del camino, numerosas veces oasis en medio de las incertidumbres y los golpes, un ángel con quien compartir la oración y la fe, y un referente para la fidelidad a la vocación y al camino del seguimiento de Jesucristo.

También, contratamos a un consultor que vino desde Argentina, Fernando Friedman, que, con un curso de una semana y un proyecto de investigación que adelantó con su equipo, nos dio el marco necesario para poner lo nuestro: el proyecto, el compromiso y las estrategias para lograrlo. Así nació nuestra Oficina de Filantropía, motor indiscutible de la viabilidad financiera de Utopía, pero, más allá de eso, de la fidelización de personas generosas a una causa noble: construir juntos un futuro para los campesinos de la Colombia profunda.

Resulta de toda justicia hacer un reconocimiento a los aliados-filántropos de los inicios: la Conferencia Episcopal Italiana, con una donación de € 200.000, nos abrió las puertas para la cooperación internacional; el Banco de Bogotá, que creyó en nosotros cuando aún éramos un *Power Point* (que reemplazó la maqueta que la Facultad de Arquitectura creó en los inicios); de manera especial los doctores Alejandro Figueroa, Juan María Robledo y Jorge Alberto Pérez, que pronunciaron el Sí indispensable para que la banca creyera en el Proyecto; la Fundación Aurelio Llano Posada, que nos llevó al sector de la solidaridad; la Fundación Bolívar Davivienda, y el Banco Pichincha. Después vinieron más amigos entrañables: las Fundaciones Ramírez Moreno, Ayura, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), la Fundación Carrefour Francia, Bancolombia y la Fundación Bancolombia —con un hombre excepcional, Carlos Raúl Yepes—, la Fundación Saldarriaga Concha, la Embajada del Reino de los Países

Bajos, Ecopetrol, Basf; personas inolvidables como Eliseo Restrepo y su familia; Carlos Umaña, María Durán, María Mercedes Copello y la memoria de Sylvia Umaña Durán.

Así fueron llegando, como regalos de Dios, otras personas muy significativas. Martha Lucía Villegas, entonces presidenta del Icetex, escuchó la historia y quiso conocerla personalmente; fue la primera funcionaria del nivel central del Gobierno que nos visitó. Con ella logramos que fueran posibles algunas líneas de créditos para jóvenes campesinos, que después serían fundamentales para la canalización de recursos del Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (MADR). Por ella conocimos a Alfredo Sarmiento, para la época director de Desarrollo Rural del MADR, quien no solamente ha sido un amigo siempre presente, sino quien nos llevó al apoyo grande del Estado, a través de la Agencia Especial para la Consolidación Territorial. Alfredo adoptó Utopía como una causa propia y, desde la Agencia, con el apoyo indiscutible de los directores, primero, Álvaro Balcázar, y después, Germán Chamorro, logramos una donación que nos permitió la compra de toda la maquinaria agrícola del campus.

Más tarde, el MADR, con el apoyo del ministro Irigorri, nos concedió unos recursos a través del Icetex que pudieran apoyar las becas de los estudiantes. Negociar el convenio no fue fácil, pero se logró un acuerdo importante para la transferencia de recursos, que sirvió de base más tarde para inspirar el modelo financiero de Ser Pilo Paga. Ecopetrol también se vinculó a esta aventura, lo que muestra que la responsabilidad social de una petrolera puede apoyar la formación de campesinos para proyectos agrícolas. Cabe mencionar también el apoyo de la Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema (ANSPE) y la Corporación Luis Carlos Galán.

Cuando se comparten sueños y se conspira para el bien, también nacen relaciones profundas que se fundamentan en horizontes y no en intereses. Con Alfredo Sarmiento nació así una gran amistad, que trasciende el tiempo y a Utopía misma. Más allá de las diferencias políticas, espirituales, institucionales, o quizás gracias a ellas, la amistad es más enriquecedora y honda.

También son regalos de Dios los Hermanos y profesores que han estado poniendo el pecho en el desarrollo de Utopía. El Hno. Gonzalo es como el pararrayos y el referente de los estudiantes y los egresados: su consejo sabio es escuchado por todos aún con el paso de los años; es el único que ha estado “siempre”, desde cuando preparábamos el proyecto como todos estos años, como un baluarte. Amigo bueno y leal, sencillo hasta el extremo y comprometido hasta los tuétanos.

Con Néstor nos ha unido una amistad de muchos años, desde los lejanos tiempos de San Juan del Cesar hasta hoy; en todo este tiempo, ha sido un actor importantísimo para su montaje, inicio y fortalecimiento. Siempre presente y cercano, buen amigo y compañero. Martín Figueroa siempre ha sido la sencillez y la bondad personificada; su austeridad, disponibilidad, entrega total son paradigmáticas. Un hombre bueno, religioso auténtico y cercano al corazón de los estudiantes. También, colaboró con mucha generosidad el Hno. Carles Giol, catalán, de genio recio, de 24 horas; profesor de Maquinaria Agrícola y de Tractor. Asimismo, nos acompañó como voluntario por cuatro años el Hno. José María Martínez, español, que se daba a los chicos como pan de Dios.

Más tarde vinieron otros Hermanos que, de la misma manera, hicieron de Utopía lugar de sus desvelos y espacio para generar vida y formar ingenieros probos e íntegros. El Hno. Alberto Prada, primero como profesor y después como rector, consolidó y creó nuevas dinámicas para este proyecto, y Pedro Galvis, quien acompañó durante dos años a los chicos como “hermano mayor” y director del campus. Hoy acompañan con generosidad y entrega total, además del H. Gonzalo, los Hnos. Sebastián Arias, Jorge Fonseca y Alfonso Guevara, hombres probos que han entendido la trascendencia del proyecto, y el cómo se puede ser “hermano” en un lugar donde muchas cosas suenan extrañas en otros escenarios misionales de los lasallistas.

Los profesores sí que han dejado huella en las generaciones que educaron. Ya mencioné a Ricardo Peña, Christian Fernández y Juan Felipe Rivera, los primeros; después llegaron Ricardo Bueno, Miguel Sosa, Diana Ríos, junto con otros más de honda recordación como Gustavo Castro y Diana Obregón. El grupo

es ciertamente hoy más grande; solo nombré algunos con quienes compartí la historia que puedo contar.

Y como parte de la Providencia de Dios, otros ángeles llegaron a esta historia y han sido pivotes de su desarrollo. Milton Molano, clarividente y creativo, nos dio la mano en la teorización, planeación y ejecución de muchos proyectos desarrollados allí; y, Giovanni Anzola, quien se le midió a la internacionalización de Utopía. Por su gestión, salieron a Francia, España, Estados Unidos varios estudiantes y, así mismo, atrajo a diplomáticos al campus.

Otras personas, en silencio, pero siempre al lado fueron fundamentales: Patricia Ortiz, Sully Rodríguez, Luisito Lombana, Pilar Calvo, amigos y compañeros de siempre, a tiempo y destiempo, colaboradores simpar; y Alexander Valencia, autor de los documentales y videos que permitieron hacer conocer Utopía.

Reflexiones del camino: la consolidación de los componentes de Utopía

“Aprender haciendo” es la mejor expresión de la pedagogía utopiense, pero, pronto trascendieron el acto educativo como tal y los procesos de enseñanza-aprendizaje; de hecho, se convirtió para todos los que estuvimos involucrados en sus inicios en la metodología como teníamos que abordar todas las situaciones. Siempre tuvimos claro que no íbamos a formar ingenieros, sino que el proceso tenía que llevar consigo otros elementos políticos, científicos y de extensión universitaria que rompieran un poco con la rutina de los programas académicos.

Liderazgo para el desarrollo rural

Entendimos que estos chicos y chicas ya traían un sentido de liderazgo y un deseo sincero de comprometerse con sus regiones de origen, lo que hizo que cambiáramos algunas ideas que se entendían como supuestos para el proceso educativo. De esta manera, teníamos claro que, hacia el final del programa, los jóvenes regresarían a sus poblaciones y veredas a hacer prácticas y “mostrarse en sociedad”, sin embargo, por fortuna, nos dimos cuenta de que el tema era

más complejo, y necesitábamos completar la utopía de hacerlos protagonistas de los procesos de desarrollo de sus lugares.

No fue fácil el tema, porque implicaba, entre otras cosas, financiamiento y acompañamiento. Por ejemplo, con los chicos de la primera cohorte aprendimos que no podíamos dejarlos solos o limitarnos a acompañarlos a la distancia, confiando en que todo saldría por inercia. Así fue naciendo la idea de los Proyectos Productivos, y la creación de una dependencia para su acompañamiento y control, animada y estructurada por David Flechas con un equipo de agrónomos y administradores.

Si bien, con la primera propuesta entendimos que el trabajo estaría relacionado con la empresarización del campo —el sueño de formar empresas campesinas—, pronto vimos también que la clave sería el *desarrollo rural, integral y territorial*, pues, el asunto central era participar en los procesos de asistencia técnica, transferencia de conocimiento, liderazgo social e impacto en las comunidades. Así, fuimos entendiendo algo vertebral de Utopía, que es ser *una respuesta educativa a un problema político*.

De la misma manera, los procesos políticos locales y las instancias que formulan políticas públicas y desarrollos rurales fueron espacios que empezaron a ser ocupados por líderes campesinos, profesionales idóneos, bien formados y capaces: los agrónomos utopienses. Estos ámbitos los han conquistado jóvenes profesionales hechos a pulso, que conocen de primera mano los problemas porque los han vivido, y saben de la necesidad del apoyo pertinente del Estado a los pequeños productores campesinos.

Laboratorio de Paz

Dije antes que Utopía nació en momentos en que el conflicto armado era el centro de las preocupaciones y angustias del país; una época en la que la violencia arremetía y golpeaba por doquier, desplazando millones de personas de la ruralidad hacia otros lugares, especialmente a los cinturones de miseria de las grandes ciudades. En este escenario, Utopía fue, es y deberá seguir siendo un

espacio para el diálogo, la convivencia en medio de la diferencia, y para compartir con jóvenes que vienen de muy distintas influencias ideológicas.

Ciertamente, Utopía es un proyecto educativo desde y para la paz, pues ofrece la posibilidad de convocar jóvenes de todas las regiones para que aprendan a convivir en la diferencia, a resolver sus problemas de manera pacífica y a mirar el futuro con esperanza gracias a procesos de reconciliación y perdón; también, es un laboratorio que promueve los derechos de la mujer campesina y su rol de liderazgo tradicionalmente relegado por una cultura machista y patriarcal. Una de las historias no contadas de Utopía —y que bien merece un artículo aparte— es el de la mujer campesina porque, al sentir popular nacer en el campo es durísimo, pero nacer mujer en la ruralidad profunda suele ser un drama. Aunque nunca hemos podido equiparar el número de mujeres con el de los hombres, la presencia de ellas y de las egresadas es uno de los frutos más hermosos y fértiles que Utopía posibilita.

Investigación y transferencia

La ciencia y la generación de conocimiento útil se nos presentaba como un desafío enorme, por la posibilidad de la transferibilidad y la apropiación social de la ciencia; además, había que superar la tentación de volver *papers* la producción de conocimiento y dar pasos hacia la aplicación y la difusión del conocimiento, el impacto social y productivo. De esta manera, el Proyecto en Zona de Origen se convirtió en el medio esencial para hacerlo, al cambiar el proyecto de grado por uno de estos productivos con componente investigativo y de extensión social se ha hecho posible que el conocimiento, las buenas prácticas agrícolas, la agricultura sostenible, el respeto por los ecosistemas, la agregación de conocimiento a la producción ancestral y a las prácticas campesinas hayan mejorado la productividad, el tratamiento de poscosecha, la asistencia técnica en lengua inteligible para el campesino, la organización social y el manejo responsable del agua y la tierra. Asimismo, ahora suceden muchas cosas que eran impensables en el origen de este proceso, por ejemplo, hoy la asistencia técnica radial a los campesinos ha sido posible por los programas de las emisoras que abren sus espacios a los estudiantes y egresados.

Aún queda mucho trecho en este campo. De hecho, el campus debería ser, en sí mismo, un lugar donde todo enseñe una lección y solo con visitarlo se aprenda. Aunque el tema es más complejo: la investigación de los profesores junto con los estudiantes debe ser un asunto cotidiano, que permita compartir y difundir buenas prácticas agrícolas, que llegue con lenguaje campesino a incidir en la producción ambientalmente sostenible y cuidadora de la Casa Común.

La mano de Dios y sus milagros

Utopía, *per se*, es un milagro. Al recorrer estos años, especialmente los que me tocó vivir más de cerca, noto la manifestación de la bondad infinita del buen Dios. Muchos temas que profesamos los Hermanos de La Salle —frecuentemente más teóricos que vividos— se han hecho patéticos, palpables, fehacientes: la realidad diáfana, cotidiana, meridiana de la Providencia de Dios, que es generosa, que sorprende, que llega siempre a tiempo; la explicitación y encarnación del poder de la educación para transformar vidas y al mundo hecha realidad en la experiencia de estos jóvenes que hoy son profesionales; la constatación gozosa de que el carisma lasallista sigue siendo válido para los momentos actuales, siempre y cuando entandamos que “esta es la obra de Dios” y que es posible encontrar vías e innovaciones para el servicio educativo de los pobres; la convicción de que la paz de Colombia es posible, si median las oportunidades que permitan a los jóvenes campesinos soñar con un futuro posible; y que el desarrollo rural integral y territorial es el gran desafío del país para construir una sociedad equitativa, justa y pacífica.

Sin embargo, quiero mencionar algunos otros milagros que fueron tejiendo esta historia y que hacen honor a una frase que siempre nos ha motivado: “Utopía, un lugar donde la novedad acontece”:

La ahuyama gigante: los chicos de la primera cohorte empezaron a experimentar con diferentes cultivos, Andy sembró ahuyama con tan buena suerte

que apareció una tan grande que, por su peso y tamaño, dio de qué hablar en la prensa y atrajo, por primera vez al campus, la atención de las cadenas de televisión. A raíz de la famosa ahuyama, se grabaron tres programas de *Caracol en la Tierra*, que hicieron conocer a Utopía en muchos lugares del país. Esto nos facilitó los procesos de búsqueda de los nuevos estudiantes y provocó la visita de más personas y benefactores al campus.

El documental de Utopía: que contó la historia de Shirley, Maidon y Andy, tres de nuestros primeros estudiantes; tres historias tristes que hoy son parte del pasado, porque el futuro de estos ingenieros hoy es halagüeño y prometedor.

La portabilidad del Sisbén: uno de los requisitos para ingresar al programa es que los estudiantes deben estar inscritos en el Sisbén, lo que les da derecho al servicio de salud. Todo iba bien, hasta que tuvimos el primer enfermo grave. Lo llevamos al hospital y nos lo devolvieron a la media hora; le habían quitado el dolor, pero no la causa. Al preguntar el por qué no lo operaban, nos contestaron que había que reemitirlo a su lugar de origen, porque el Sisbén solo aplicaba para “urgencias” en otros lugares. En otras palabras, ni una fractura ni una apendicitis, nada, era tratable en un lugar diferente al que había registrado inicialmente la persona. Son los absurdos del país. El tema lo escalamos hasta el ministro de salud, que, entre sorprendido y asustado, entendió la gravedad del asunto. Entonces, expidió el decreto que hace “portable” el Sisbén, es decir, los colombianos del régimen subsidiado ahora pueden recibir atención completa en otro lugar distinto al que se inscribieron.

La Ermita de Nuestra Señora de la Alegría: fue pensada desde los planos iniciales, pero nunca había el dinero para construirla; sin embargo, una historia triste se convirtió en el inicio de esta bella realidad. La pascua a la vida eterna de Sylvia Umaña, quien en vida pidió que no quería flores en su funeral sino apoyos a Utopía, fue el inicio del fondo que después se fortaleció con el plan “Dona un ladrillo” y, de ladrillo en ladrillo, de peso en peso —bueno, hubo ladrillos de millones—, la misma Virgencita se construyó su Ermita, un pequeño Santuario que da la bienvenida a Utopía.

Muchos más milagros se viven en el día a día del proyecto. Cada egresado, cada familia, cada benefactor, cada Hermano, cada Profesor, cada empleado, cada amigo de Utopía son milagros cotidianos, son fuentes de esperanza, son la prueba de que el buen Dios mira con misericordia y bendice la obra.

Los premios: son otro regalo del buen Dios y el reconocimiento de la sociedad a un trabajo bien hecho, además le dan visibilidad al proyecto y generan confianza en los benefactores y la sociedad civil y política. Son numerosos los reconocimientos, y cada uno trajo una bendición muy especial: Premio Emprender Paz (2013); Mención especial del Premio Nacional del Paz (2013); Premio a la Innovación y Desarrollo, de la Fundación Aurelio Llano Posada (2014); Ojo de Plata, de la Unesco (2014); Premio de Buenas Prácticas de Gestión en Universidades Colombianas, de la Fundación Internacional UNIVERSITAS XXI (2015); Exaltación al Mérito Investigativo, de la Redipe (2015); Premio Nacional de Solidaridad, de la Fundación Alejandro Ángel Escobar (2016); Sello de Inclusión Social, de Colsubsidio (2016); Premio Andesco a la Responsabilidad Social en el marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (2017); Premio SEMANA (2018).

El Conpes de la Orinoquía: este documento que trazó las políticas de inversión y desarrollo para la región de la cuenca del Orinoco fue sancionado y expedido en Utopía. Es fue otro de los días memorables del campus. El 12 de enero de 2014, el Presidente de la República, todos los ministros de su gabinete y los directores de los departamentos administrativos e institutos descentralizados, los comandantes de las Fuerzas Armadas, los gobernadores y alcaldes de la Orinoquía visitaron Utopía, hablaron con los chicos, recorrieron el campus y, después, expidieron el documento Conpes 3797, titulado *Política para el desarrollo integral de la Orinoquía: Altillanura*. Este día marcó un hito, porque no solo atrajo la atención del país, sino que fue un espaldarazo del Gobierno Nacional a un proyecto con enorme significado para el desarrollo del campo colombiano.

Muchos más milagros se viven en el día a día del proyecto. Cada egresado, cada familia, cada benefactor, cada Hermano, cada Profesor, cada empleado,

cada amigo de Utopía son milagros cotidianos, son fuentes de esperanza, son la prueba de que el buen Dios mira con misericordia y bendice la Obra.

¿Y el futuro?

Más allá de que hago parte del pasado de Utopía, no podría dejar de decir unas palabritas sobre el futuro, aunque ya no me corresponda impulsarlo ni verlo, seguramente. Si bien, Utopía es frágil, requiere atención permanente, pasión desbordada y amor incondicional. Su futuro depende de todo esto.

Asimismo, cuando el presidente Santos visitó el campus en enero de 2014, en sus emociones de político, habló de 15 utopías. Obviamente, esta no era una utopía, sino más una quimera. No obstante, nos pusimos manos a la obra para pensar otros desarrollos que partieran del camino recorrido, en esa coyuntura nació RURPAZ, la red universitaria rural para la paz.

De esta manera, nos pusimos en la tarea de ver cómo, desde la educación superior, se podría apoyar el desarrollo rural integral y territorial, formando a los profesionales que pudiera ayudar a jalonarlo. Entonces, soñamos que podríamos pensar en otras cuatro “utopías” que completaran un grupo de profesionales claves para este propósito. La idea de fondo era que los campesinos deben ser parte fundamental y protagónica de los procesos rurales, por lo que imaginamos cuatro nuevos campus, en diferentes lugares del país, que conservarían las aproximaciones pedagógicas, didácticas y los componentes esenciales que preservarían el carácter nacional para formar a campesinos de todo el país en las áreas de Agroindustria, Producción animal y Agroforestería, además de una promesa que necesita realmente la educación de la Colombia profunda, preparar Maestros para la Educación Rural.

El proyecto existe, pero falta la voluntad política para ejecutarlo. Acaso con gobiernos que le apuesten a la ruralidad, con cooperación internacional o con gente de buena voluntad. Ya hay un camino recorrido y un saber acumulado, por lo que valdría la pena volver sobre el tema.

Asimismo, con un grupo ya significativo de cerca de 350 egresados, es tiempo de acompañarlos para organizar una asociación de agrónomos utopienses, que tenga objetivos concretos y miras ambiciosas. Aquí se encuentra la gente que puede ayudar a formular la política pública rural del país, pues son gente capaz, con buena formación y experiencia de vida; ellos conocen lo que es nacer, crecer, estudiar, tratar de hacer empresa, comerciar y mil cosas más que les permite, de primera mano, saber de ruralidad y del ser campesino. ¿No serían, acaso, una voz poderosa y competente para ser escuchada?

En fin, muchas cosas más son posibles de soñar. Basta dar rienda suelta a la imaginación y escuchar los gritos de los pobres, los campesinos, los desplazados, los irrelevantes; basta con mirar esta Colombia inmensa para encontrar inspiración y disparar la creatividad. En palabras muy lasallistas: dejarnos impresionar por la situación de abandono de los hijos de los 'artesanos y los pobres', de los campesinos, de los migrantes, de los niños, niñas y jóvenes que miran con ilusión el porvenir y esperan, como en la rima VII de Bécquer (1868), que alguien los empuje a nuevos horizontes, a nuevos sueños.

Del salón en el ángulo oscuro,

de su dueña tal vez olvidada,

silenciosa y cubierta de polvo,

véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,

como el pájaro duerme en las ramas,

esperando la mano de nieve

que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio

así duerme en el fondo del alma,

y una voz como Lázaro espera

que le diga «Levántate y anda»!

A manera de epílogo

En fin, nadie pudo haber imaginado en los comienzos que tantas cosas grandes iban a ser posibles. ¿Cómo no dar gracias al buen Dios por el camino recorrido?, ¿cómo no volver a poner en Sus manos el presente y el futuro de un proyecto que se reinventa y sigue impactando la ruralidad?, ¿cómo no seguir apostando por la paz por mediaciones que la hacen posible?, ¿cómo no pensar que Colombia necesita crear más espacios e intervenciones para aclimatar la paz y pagar la deuda histórica con los campesinos?, ¿cómo no seguir arriesgando por abrir caminos que ayuden a la concordia y la reconciliación?

Hace unos seis años un utopiense dijo en un concurrido foro: “en Utopía hemos aprendido a mirar con esperanza el futuro y no a anclar la vida en el pasado con odio”. Así, hemos aprendido que la paz y la reconciliación son posibles, si media una oportunidad. ¡Qué rentable resulta la educación incluyente y de calidad para sembrar la paz!

Felices 10 años de Utopía: un desafío que sigue invitándonos a construir el país rural y una fuente de inspiración y sentido para quienes creemos que Colombia merece mejores días y más oportunidades para el talento de la ruralidad que se pierde o malogra por la escasa educación para los pobres. “Señor: es tu Obra”.

